

José María LOPERA

Paz

¡Qué terrible es la ira de los hombres que matan,
del volcán que, por dentro, les funde sentimientos
hasta romper el alma en cráter de exterminio!
¡Qué tormenta, qué trueno, qué rayo de violencia
busca muerte o mutila a seres inocentes!

¿Adónde está la luz de la sonrisa
que Dios puso en el hombre para amarse?
¿Adónde está la luz de amanecer
que la concordia irradia entre los hombres?
¿Adónde está la PAZ, decidme, adónde?

El tiempo se hace grito en los segundos
que un obús tarda hasta el terror que sientes,
y, cuando estalla, en su humo respiras
el placer de sentir vida entre muertos.

Yo supe, cuando niño, el olor de mi sangre
en el pánico horrible de la bomba silbante.
Y derramé el desgarro de mi carne herida
y el lacerante miedo, que el tiempo no me borra,
en el grito que llevo maldiciendo la guerra.

¿Y vosotros que tanto habláis de Dios,
que tanto lo invocáis contra otros hombres,
que tanto lo adoráis en su justicia,
en qué basura de alma lo tenéis?

¿Decidme, qué es la raza, qué es la patria
que queréis defender o que imponéis
con colmillos de odio fratricida
si vuestro fanatismo no merece
ni la gota de muerte que da un niño?

Si Dios es LUZ de vida en la concordia
y eterna fuente en LIBERTAD sublime...
¿Adónde está la PAZ que puso en vuestra espíritu?
¡Con qué semilla de odio la sembráis
que da filos de muerte en tierra herida!

(Inédito)

Como latido en alma de Walt Whitman

Sin saber el sentir en lo que pienso,
retiro de la cerca de mi cráneo
la escafandra exterior que lo confunde
para sentirme un dios donde crearme.

Dialogo en mí con barro del neolítico,
hecho nave espacial en que me crezco.
Y me siento dual en mente unívoca
como dos aleteos de Vivaldi.

Esencia Universal en Vía Láctea,
genéticas crisálidas incubo
en mi ética de viejo campesino
que acuna el olivar de su parcela

Y quiero unirme en mi sentir de amar
para lograr vida a flor de tierra
y locura rebelde humanizada,
como latido en alma de Walt Whitman.

(Inédito)

Soneto para ser escuchado por la oreja truncada de Van Gogh

He abierto mi ventana hacia poniente
y, en el alféizar, rompen masas olas.
se me llena la casa de amapolas
mientras la mar me inunda lentamente.

Me llegan los pescados a la frente,
sacudiendo las alas de sus colas:
Quiero hacer, con mi cuerpo, un rompeolas
y la mar se desborda de mi mente.

Se llena mi razón de tiburones
que devoran mi libre inteligencia
hasta dejarla huera de sus dones.

Y creo que estoy perdiendo la paciencia
con tanta sinrazón por mis salones:
y quiero huirme y no hallo mi conciencia...

(Dormivelando sueños, 1996)

Roto

Sí, me he roto.

Pero es verano y llega hasta la playa
el pasto seco de los hombres.

El sol se empina
y las sombras juegan a la expresión más corta
bajo un cristal de lágrimas
que, vivientes y heridas,
se reflejan
en las gafas oscuras
del acantilado.

Porque la mar humana,
revuelta, furiosa,
pega zarpazos, hinca sus cuchillos
en la caída dejadez de los hombros
o en la pasión excitante de las ingles del alma.
O se hace nudo corredizo
que resbala, vertiginosamente,
desde el cuello a la nuca.

Sí, me he roto.

Y quiero que sepáis que romperse
no es aniquilarse:
uno se rompe para tener la dicha
de componer a otro.

Que allí donde hay pedazos, la sangre mana
y no es fácil cohibirla
sin túrdigas
que hagan de tapón,
sin pétalos de tibia carne
palpitando sonrisas en el sacrificio.

(Sentimientos que anidan, 2001)

Querencia

En las tiernas caricias de otras manos,
se goza el bosque nuestro.

Sombras de otras miradas encendidas
son las aguas del río
donde tanto te amé.

En las flores, alientan los perfumes
de tus senos desnudos,
gozándose en mis besos.

Persiste, todavía,
la emoción amorosa de una huella
en la brisa que respiró el jadeo
con que nos consumamos.

Y la brisa y el bosque,
y las flores y el río,
nos buscan en la luz que hay en sus ojos
y no nos reconocen.

(Dormivelando sueños, 1996)